

LA REINA DE LAS  
NIEVES





*BIBLIOTECA  
ESTRELLA*

COLECCIÓN MINIATURA

TOMO 26

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## TOMOS PUBLICADOS

- I. *CALENDARIO ESPIRITUAL*. (Un buen pensamiento para cada día.) Ordenado por G. MARTÍNEZ SIERRA.
- II. *HORAS DE SOL*. Novela, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
- III. *CRISTO NIÑO*. Versos al Nacimiento del Hijo de Dios, por los mejores poetas españoles de los siglos XVI y XVII.
- IV. *GOZOS DEL DOLOR DE AMOR*, por RICARDO LEÓN.
- V. *BREVIARIO DE UN AÑO*, por EDUARDO MARQUINA.
- VI. *VIAJE SENTIMENTAL*, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
- VII. *LA PRINCESA SIN CORAZÓN*, por JACINTO BENAVENTE.
- VIII. *A LA LUZ DE LA LUNA*, por SERAFÍN y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO.

IX. *MADRID*. Guía sentimental, por AZORÍN.

X. *LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN*, por INOCENCIO DE SALCEDA, y otras poesías a la Pasión y Muerte de Cristo.

XI. *LA RECOMPENSA*. Novela, por JACINTO OCTAVIO PICÓN.

XII. *PORQUE SÍ*, por M. LINARES RIVAS.

XIII. *EL CARBONERO ALCALDE*. Novelas, por PEDRO A. DE ALARCÓN.

XIV. *LIBRO DE ORO*, DE SÉNECA. Selección de máximas del inmortal filósofo cordobés.

XV. *LAS GUITARRAS MÁGICAS*. Cantos populares españoles, seleccionados por FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

XVI. *MEDITACIONES*. De la Vida y de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

- XVII. *EL REY BALTASAR*. Cuentos, por LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).
- XVIII. *LA VENTA DE LOS GATOS*. Novela, por GUSTAVO A. BÉCQUER.
- XIX. *CREO EN DIOS*. Novela, por ANTONIO DE TRUEBA.
- XX. *NAVES EN EL MAR*. Novela, por CONCHA ESPINA.
- XXI. *EL HERMANO*, por ALFONSO DAUDET.
- XXII. *HUMORADAS*, por RAMÓN DE CAMPOAMOR.
- XXIII. *DESENGAÑO*. Novela, por DOÑA MARÍA DE ZAYAS.
- XXIV. *LEVE DISCUSIÓN CON UNA MOJIA*, por EDGAR POE.
- XXV. *EL NIÑO PRODIGIO*. Novela, por SANTIAGO RUSIÑOL.
- XXVI. *LA REINA DE LAS NIEVES*. Historia en siete cuentos, por ANDERSEN.

29906

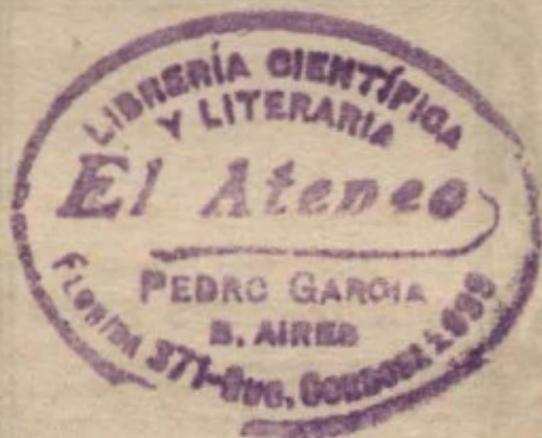
LA REINA DE  
LAS NIEVES

HISTORIA EN SIETE  
CUENTOS, POR  
ANDERSEN  
TRADUCCIÓN DE  
C. R. CHERIF

MADRID  
MCMXIX

DE MAESTROS

70x100



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA  
CERVANTES, 28. MADRID

## PRIMER CUENTO

QUE trata de un espejo y sus rotos pedazos. Vamos a empezar, prestad atento oído y, cuando lleguemos al fin, sabréis mucho más que ahora acerca de un empecatado duende. Este, que era de pésima condición, lo que se dice un verdadero demonio, hallábase cierto día contento hasta más no poder porque había inventado un espejo tan particular que todas las cosas buenas y bonitas, al reflejarse en él, se desvanecían poco a poco hasta desaparecer, mientras, por el contrario, todo lo feo y malo se destacaba, mostrando su peor aspecto. Los más hermosos paisajes parecían en el

# A n d e r s e n

espejo panoramas de espinacas cocidas, y las personas de mejor ver hacíanse repugnantes, o como si estuvieran del revés o careciesen de figura humana. Deformados sus rostros hasta no conocerseles, si tenían por casualidad alguna peca o lunar aparecían extendidos sobre la nariz y la boca. El demonio en cuestión encontraba todo esto divertido en extremo. Cualquiera buen pensamiento que pudiera pasársele a un hombre por la cabeza, convertíase en una mueca en el espejo, lo cual producíale al trasgo verdadero deleite. Todos los alumnos de la escuela del tal demonio, porque tenía una escuela, convinieron en que se trataba de un milagro, ya que por vez primera podía verse el mundo y el género humano como eran en realidad. Así, que corrían de un lado

## *La Reina de las Nieves*

a otro con el espejo tergiversador, hasta que no hubo persona ni cosa alguna que no se hubieran visto en él. Quisieron entonces volar hasta el cielo para burlarse de los ángeles; pero cuanto más alto subían, más zigzagueaba el espejo, tanto que difícilmente lo sostenían en el aire, y al fin se les escurrió de las manos y cayó a la tierra, roto en millones de cachitos. Con lo cual hizo más daño aún. Muchos de aquellos fragmentos no llegaban al tamaño de un grano de arena, y volando de aquí para allá por el mundo, se les metieron a las gentes en los ojos, y una vez clavados allí, deformáronles cuanto miraban y les hicieron ver todas las cosas de una manera engañosa. La más pequeña partícula de aquel cristal tenía el mismo poder que el espejo entero.

# A n d e r s e n

Personas hubo a quienes un pedacito se les entró hasta el corazón, y fué espantoso, porque se lo convirtió en un témpano de hielo. Otros pedazos eran tan grandes que podían ser empleados en vidrieras de ventana, mas no convenía mirar a los amigos a través de ellas. Con otros trozos fabricáronse lentes, lo cual que fué un mal negocio cuando la gente se los puso para ver mejor. El empecatado diablo reventaba de la risa, muy regocijado con ver el mal que había hecho. Pero algunos pedazos del espejo siguieron rodando por el mundo, y vais a oír lo que fué de ellos.

## SEGUNDO CUENTO

### DE UN NIÑO Y UNA NIÑA

EN las grandes ciudades, llenas de casas y de gente, donde no cabe hacer jardines, hay que contentarse, a falta de ellos, con unas cuantas flores en un tiesto. En una de esas ciudades vivían dos niños que querían tener un jardín un poco más grande que un tiesto con una flor. No eran hermanos, pero se profesaban tanto cariño el uno al otro como si lo fuesen. Vivían sus padres frente por frente en dos sotabancos. Los tejados respectivos se tocaban, separados tan sólo por una gotera. Tenían cada uno su buharda, y no había sino saltar por encima de la gotera para ir de

## A n d e r s e n

una casa a otra. Los padres de los niños tenían cada cual un gran cajón adosado a la ventana, donde crecían algunas hierbas y un pequeño rosal, uno en cada cajón y ambos espléndidos. Y como se les ocurriera colocar los cajones de casa a casa, a través de la gotera, parecían talmente dos riberas floridas. Las enredaderas colgaban sobre los bordes de los cajones y trepaban las rosas, haciendo un arco triunfal en torno a las ventanas. Los cajones estaban tan altos que los niños no podían subirse a ellos, pero sí llevaban muchas veces sus taburetes bajo los rosalitas, y allí tenían sus divertidos juegos. Claro es que en invierno no había nada de todo esto. Entonces, como las ventanas estaban muchas veces empañadas por el hielo, los niños ca-

## *La Reina de las Nieves*

lentaban monedas en la estufa, y pegándolas luego a los helados vidrios, hacían grandes redondeles, que les servían de mirillas, por donde asomaba tras de cada agujero en las ventanas fronteras un ojo escrutador. El niño se llamaba Kay, y la niña Gerda.

Por el verano podían ir uno en busca del otro con sólo dar un salto; pero en invierno tenían que bajar las escaleras de una casa y subir las de la otra, y fuera, en la calle, volaba la nieve.

— ¡Mira! ¡Mira cómo bullen las abejas blancas! — dijo la abuela.

— ¿Tienen también reina esas abejas? — preguntó el niño, que sabía que hay una reina de las abejas de verdad.

— Sí que la tienen — dijo la abuela — . Esa reina vuela allí donde el

enjambre es más espeso. Es la mayor de todas ellas y nunca se posa en la tierra. Siempre está volando hacia el cielo. Muchas noches de invierno vaga por las calles y atisba por las ventanas, y entonces el hielo empaña los cristales con lindos dibujos, que parecen flores.

— ¡Ay, sí! ¡Eso lo hemos visto! Así que, creyeron que todo era verdad.

— ¿Puede entrar aquí la Reina de las Nieves? — preguntó la niña.

— En cuanto entre — dijo el niño — la pongo encima de la estufa para que se derrita.

Pero la abuela, alisándole los cabellos, le interrumpió con nuevas consejas.

Aquella noche, cuando ya el pequeño Kay estaba en su casa desnudándose para meterse en la cama,

## *La Reina de las Nieves*

se le ocurrió subirse a una silla y mirar por la ventana a través del redondel. Y vió que caían unos copos de nieve y que uno de ellos, el más grande, se quedaba en el borde del cajón de las flores, y creciendo, creciendo, se convertía en una mujer vestida de blanca y finísima gasa, que parecía hecha de rutilantes escamas. Era muy bella, pero de hielo, de un hielo brillante y deslumbrador. Resplandecían sus ojos como dos estrellas, mas no se advertía en ellos serenidad ni reposo. Hacía señas con la cabeza en dirección a la ventana, agitaba la mano; el niño, asustado, se tiró de la silla abajo; luego le pareció que un pájaro muy grande cruzaba por delante de la ventana.

El siguiente día fué claro y frío, mas luego vino el deshielo y tras él

# A n d e r s e n

la primavera. Brilló el sol, apuntaron los verdes brotes, las golondrinas hicieron sus nidos y la gente abrió las ventanas. Los dos niños volvieron a jugar otra vez en su jardín del tejado. Las rosas habían florecido espléndidamente aquel verano; la niña sabía un himno nuevo en que se hablaba de rosas, y una vez que se lo hubo enseñado al niño, juntos cantaban:

«Ya se viste de rosas el valle,  
¡Salve, Niño Jesús, salve, salve!»

Cogidos de las manos, besaban las rosas, se regocijaban con la luz del sol de Dios, y le hablaban como si el propio Niño Jesús estuviera allí. ¡Qué hermosos días de verano fueron aquéllos, y cuán delicioso el sentarse bajo los frescos rosales, que no se cansaban de florecer!

## *La Reina de las Nieves*

Estaban Gerda y Kay cierto día mirando un libro de estampas de pájaros y animales, y acababan de dar las cinco en el reloj de la iglesia, cuando dijo Kay:

— ¡Ay! Siento un dolorcillo aquí, en el corazón, y algo se me ha metido en este ojo!

La niña le echó los brazos al cuello, en tanto él parpadeaba el ojo herido; pero no se veía nada.

— Me parece que ya ha salido — dijo—. Mas no había salido. Era uno de aquellos diminutos pedazos de cristal del espejo, del espejo mágico. Ya sabéis, aquel espejo horrible, en el cual todas las cosas grandes y buenas se convertían en pequeñas y perversas, en tanto que glorificaba las malas, reflejando toda tacha.

¡Pobre Kay! Un cachito del tal espejo habíasele metido hasta el mis-

mísimo corazón, trocado al punto en témpano de hielo. Kay no sintió ya más dolor; pero allí seguía la brizna.

— ¿Por qué lloras? — preguntó —. Te pones muy fea; claro que a mí no me importa. ¡Qué horror! — exclamó luego —; en cada rosa hay un gusano, están tronchadas; después de todo son asquerosas, como los cajones en que crecen.

Y así diciendo, dió un puntapié al cajón y deshojó dos rosas.

— ¿Qué haces, Kay? — dijo la niña —. Lo cual que él, viendo su susto, desgajó otra y echóse a correr luego para su casa, dejando a Gerda sola.

Desde entonces, cuando la niña sacaba el libro de estampas, decía él que aquello era solamente para chicos en pañales, y si su abuela les contaba cuentos, entrábanle siem-

## *La Reina de las Nieves*

pre ganas, y si podía lo hacía, de colocarse detrás de la silla, y calándose sus gafas, imitarla, cosa que ejecutaba a maravilla, causando la risa de la gente. Extremadamente hábil para imitar a todo el mundo por la calle, burlábase de cualquiera con mucha gracia. «Es listo el chico», decían cuantos le veían. Pero todo consistía en la brizna de cristal en el ojo, en la brizna de cristal en el corazón, que le habían hecho olvidarse de Gerda, que tanto le quería. El jugaba ya a otros juegos; parecía haberse hecho *más mayor*. Cierta día de invierno, en que estaba nevando copiosamente, según llevaba a casa una gran lente de aumento, alzóse el faldón de su blusa azul, con que la tapaba, y dejó que cayeran sobre ella los blancos copos.

— Mira por este cristal — díjole luego a Gerda. Cada copo, agrandado, parecía una linda flor o una brillante estrella picuda.

— Mira qué bien hechas están — dijo Kay — . Mucho más bonitas que las flores reales y verdaderas, y no tienen ni una mota; serían perfectas si no se derritiesen.

Poco después apareció muy enguantado, con su trineo al hombro, y, acercándose al oído de Gerda, murmuró: «Me voy a patinar a la playa, donde juegan los otros chicos.» Y se fué.

En la playa los traviesos chicuelos acostumbraban atar sus pequeños trineos a los carros y correr un largo trecho de esta manera. Con lo cual su diversión no tenía fin. Cuando he aquí que en medio de su juego, ven venir un gran tri-

## *La Reina de las Nieves*

neo, pintado de blanco y vestido, quien lo ocupaba, de blancas pieles. El trineo aquél dió dos vueltas alrededor de la playa, y Kay se apresuró a atar el suyo detrás. Hecho esto, echaron a correr por la calle más próxima. El conductor se volvió y saludó a Kay, con una amable inclinación de cabeza, como si ya se conociesen. Cada vez que Kay intentaba desenganchar su trineo, el personaje en cuestión volvía la cabeza de nuevo, y Kay seguía donde iba, y ambos corriendo, hasta que pasaron las puertas de la ciudad. Entonces empezó a nevar tan copiosamente, que el niño no veía más allá de sus narices. Desató las cuerdas intentando separarse del trineo grande, pero como si no: continuaban unidos y se deslizaban más ligeros que el viento. Entonces

se dió a gritar; pero nadie le oyó, y el trineo les arrastró por entre las altas nieves. De cuando en cuando daba un salto, como si fuesen atravesando setos y zanjas. El niño, asustadísimo, quiso rezar sus oraciones; pero sólo pudo acordarse de la tabla de multiplicar. Los copos de nieve hacíanse cada vez mayores, hasta llegar a parecer blancos polluelos. De pronto se apartaron a un lado, el trineo grande se paró y la persona que lo guiaba saltó a tierra, con el traje y el gorro llenos de nieve. Era una mujer alta y esbelta, de resplandeciente blancura: la mismísima Reina de las Nieves, en fin.

— Hemos venido a buen paso — dijo — ; pero hace un frio que mata; abrigate con mis pieles de oso.

Y cogiéndole de la mano, llevóle

## *La Reina de las Nieves*

al trineo y le envolvió en sus pieles; el niño sintió algo así como si le metieran en un témpano de hielo.

— ¿Tienes frío todavía?—y a tiempo que se lo preguntaba le dió un beso en la frente. ¡Ay! Más frío que el hielo era también, y le llegó hasta el mismo corazón, que ya estaba medio helado; se sintió morir luego, pero sólo por un momento; después le pareció que todo aquello le sentaba muy bien, porque ya no tenía frío.

— ¡Mi trineo! ¡No te olvides de mi trineo! — Ya sólo se acordaba de su trineo, atado a uno de los blancos polluelos que revoloteaban en su derredor por el camino. La Reina de las Nieves besó a Kay otra vez, y entonces ya se olvidó por completo de Gerda, de su abuela y de todos los de su casa.

— Ya no te beso más — dijo la Reina — ; te mataría con mis besos.

Kay la miró: era linda en verdad; difícilmente pudiera imaginarse rostro más hermoso. Ya no le pareció de hielo, como cuando le hacía señas ante su ventana. Su mirada era serena y el niño no se asustó de ella en modo alguno, antes bien, le dijo que se acordaba perfectamente de toda la aritmética, incluso decimales y quebrados, y que sabía los kilómetros cuadrados y el número de habitantes de la tierra. Como la Reina se sonreía, él creyó que aún no sabía lo bastante y se dedicó a observar cuanto veía en toda la extensión de los cielos, adonde subía más y más cada vez, volando con la Reina en una espesa nube, en tanto se desencadenaban las tormentas a su alrededor, y el

## *La Reina de las Nieves*

viento sonaba en sus oídos como un cantar sabido de antaño.

Volaron, pues, sobre montes y lagos, océanos e islas; abajo silbaba el viento helado, aullaban los lobos, los negros cuervos revoloteaban graznando sobre la blanca nieve; pero allá arriba la luna lucía clara y resplandeciente, y Kay se estuvo contemplándola durante las largas noches del largo invierno. De día durmió siempre a los pies de la Reina de las Nieves.



# TERCER CUENTO

## EL JARDÍN DE LA MUJER DUCHA EN ARTES MAGAS

**P**ERO, ¿qué había hecho Gerda durante todo este tiempo, desde que Kay la dejó? ¿Dónde estaría? Nadie lo sabía, nadie podía dar cuenta de él. Todo lo que acertaban a descubrir los demás chicos, era que le habían visto atar su trineo a uno muy grande que, echando a correr calle abajo, salió por las puertas de la ciudad. Nadie adivinaba dónde demonios estaría: muchos le lloraban; Gerda derramó por él amargas lágrimas. Luego la gente dijo que había muerto; sin duda tenía que haberse caído al río que pasaba por las afueras. ¡Cuán

## *La Reina de las Nieves*

largos y tristes aquellos días de invierno!

Al fin llegaron la primavera y la luz del sol.

— Kay se ha ido para siempre — dijo Gerda.

— No lo creo — dijo la luz del sol.

— Se ha ido para siempre — les dijo a las golondrinas.

— No lo creemos — dijeron las golondrinas; hasta que por fin Gerda no lo creyó tampoco.

— Me pondré mis nuevos zapatos rojos — dijose una mañana — ; Kay no me los ha visto nunca; me iré al río y le preguntaré por él.

Era muy tempranito; besó a su abuela, que dormía aún, se puso sus zapatos rojos y se fué completamente sola a salir al río por la puerta de la ciudad:

— ¿Es verdad que me has quita-

do mi compañero de juego? Si me lo devuelves, te daré mis zapatos rojos.

Contemplando luego cómo las ondas se abrían en anchos círculos, se quitó sus zapatos rojos, que era lo que ella más quería, y los echó al agua; mas empujados por la corriente, volvieron otra vez a la orilla, como si el río, al no tener arte ni parte en la desaparición de Kay, no aceptara la ofrenda.

La niña creyó que todo era cuestión de arrojarlos más lejos, y viendo una barca allí junto, entre las espadañas, saltó dentro, y yendo hasta la punta, echó otra vez los zapatos al agua, y tantas fuerzas hizo, que moviéndose la barca, que no estaba amarrada, se separó de la orilla arrastrada por la corriente: la niña, al darse cuenta, intentó dar un

## *La Reina de las Nieves*

salto a tierra, pero cuando quiso llegar al otro extremo de la barca ya estaba a más de una vara de la ribera y navegando a toda prisa.

Gerda se asustó de un modo espantoso y empezó a gritar; pero no la oían sino los gorriones, que no podían ayudarla ni hacer otra cosa que revolotear en su derredor, como diciéndole: «¡Aquí estamos, aquí!» La barca se deslizaba con rapidez a favor de la corriente; Gerda estaba casi descalza, con sólo las medias; sus zapatitos rojos navegaban detrás sin poder alcanzar al bote, que cada vez iba más de prisa.

Ambas orillas del río eran muy bonitas, con muchas flores y añosos árboles, y praderas donde se veían ovejas y terneros, pero ni una persona.

— Quizás el río me lleve a donde

está Kay — pensó Gerda muy contenta; y con tal esperanza siguió con ojos ávidos, durante horas y horas, las verdes riberas.

Al cabo había un hermoso huerto de cerezos, y en él una casa, con las ventanas pintadas de azul y rojo, la techumbre de bálago y dos soldados de madera a la puerta, que presentaron armas al paso de la barca. Gerda les llamó a gritos, creyendo que eran de carne y hueso; claro es que no contestaron; como estaba muy cerca de ellos porque la corriente empujaba la barca hacia la orilla, volvió a llamarlos más fuerte que antes, y en esto salió de la casa una mujer muy vieja apoyada en un largo cayado, y en la cabeza un enorme sombrero de paja, pintado de muchas flores.

— ¿A dónde vas, pobre niña? —

## *La Reina de las Nieves*

dijo la vieja — . ¿A dónde vas tú sola, navegando por este río tan grande y que tan ligero corre al ancho mar?

Luego metióse en el agua y con su cayado arrastró la barca hasta la orilla y sacó a la niña.

Gerda se puso muy contenta al pisar otra vez tierra firme, aunque estaba un poco asustada de aquella mujer tan extraña.

— Ven, dime quién eres y cómo es que estás aquí — le dijo.

Cuando Gerda hubo contado toda la historia, como le preguntara si había visto a Kay, la mujer le contestó que no le había visto, pero que le esperaba, y que entre tanto, ella no iba a pasarlo nada mal porque podría comer cerezas y ver sus flores, mucho más bonitas que las estampas de un libro; cada una te-

nia también una historia que contar. Luego cogió a Gerda de la mano, entraron en la casa y la vieja cerró la puerta.

Las ventanas estaban muy altas y pintadas de azul, de rojo y de amarillo, con lo que daban a la habitación una luz muy rara. Había sobre la mesa cantidad de riquísimas cerezas, que Gerda tenía permiso de comer hasta hartarse. Mientras comía, la vieja le peinó los cabellos con un peine de oro, de suerte que, una vez que se los hubo rizado, brillaban como el oro también, en torno a su lindo rostro, suave como una rosa.

— ¡Cuánto tiempo he deseado una niña como tú! — dijo la vieja — . Ya verás qué bien lo vamos a pasar juntas.

En tanto que le peinaba los ca-

## *La Reina de las Nieves*

bellos, Gerda habíase olvidado por completo de Kay, porque la vieja era ducha en artes magas, pero no una mala bruja, y hacía encantamientos sólo por divertirse; ahora quería quedarse con Gerda. La vieja fué luego al jardín, y tocando los rosales con su cayado, cuantas rosas había hundiéronse en la tierra sin dejar rastro. La vieja temía que si Gerda veía las rosas pudiera acordarse de Kay y entrar en ganas de marcharse. Después llevó a Gerda al florido jardín. ¡Cuán delicioso olor se difundía en el ambiente! No podía imaginarse flor alguna, de cualquier lejano clima o estación, que no estuviese en aquel jardín espléndido; no había estampa más hermosa, por bonita que fuese, en todos los libros del mundo. Gerda, loca de contento, estuvo jugando

bajo los cerezos hasta que cayó el sol. Entonces la metieron en una cama preciosa, con colgaduras color de rosa bordadas de violetas; se durmió y soñó sueños tan deliciosos como una reina en su noche de boda.

Al día siguiente jugó otra vez con las flores del jardín, y así transcurrieron muchos. Gerda conocía ya todas las flores, mas aunque había tantas, siempre le parecía que faltaba alguna que no sabía cuál era.

Cierto día estaba sentada mirando el sombrero de paja de la vieja, pintado de flores, la más bonita de las cuales era una rosa. La vieja se había olvidado de su sombrero al embrujar las del jardín. Tales son las consecuencias de la falta de memoria:

— ¡Qué! — dijo Gerda — . ¿Aquí

*La Reina de las Nieves*

no hay rosas? — Y por más que buscaba en torno, era en vano. Y como se echase a llorar y sus lágrimas fuesen a caer en el sitio donde solían estar las rosas, apenas aquella ardiente lluvia regó la tierra, surgieron de nuevo los rosales, tan floridos y hermosos como cuando se enterraron. Gerda se abrazó a los arbus-tos y besó las rosas, luego se acordó de las de su casa, y la memoria de Kay se le vino a las mientes:

— ¡Ay, cuánto he tardado! — dijo-se la niña — . ¡Yo debía estar buscando a Kay! ¿Sabéis dónde está? — preguntó a las rosas — . ¿Creéis que se haya muerto para siempre?

— No ha muerto — contestaron las rosas — . Nosotras hemos estado bajo tierra, ¿sabes?, allí están todos los muertos, y Kay no está entre ellos.

## A n d e r s e n

— ¡Gracias! — dijo la niña; y yendo a las otras flores les preguntó, mirando dentro de sus pétalos: — ¿Sabéis dónde está Kay?

Pero las flores, abiertas al sol, soñaban sus quimeras, y aunque Gerda escuchó muchas de ellas, no supo nada acerca de Kay.

Pues, ¿y lo que dijo el tallo de lirios?

— ¿Oyes el tambor? Ran, rataplán; sólo tiene esas dos notas, ran, rataplán; siempre las mismas. El llanto de las mujeres y los gritos del predicador. La mujer hindú, con sus rojas vestiduras, permanece de pie en la pira, mientras las llamas rodean su cuerpo junto al cadáver de su marido. Pero es porque esa mujer piensa tan sólo en el hombre que desde fuera la contempla, cuyos ojos queman con más ardiente

## *La Reina de las Nieves*

fuego que el de las llamas que ya prenden en su cuerpo. ¿Mueren en el fuego las llamas del corazón?

— No entiendo nada de eso — dijo Gerda.

— Es mi historia — respondió el tallo del lirio.

¿Y qué dijo el convólvulo?

— Al cabo de un estrecho sendero del monte, se eleva un antiguo castillo completamente cubierto de hiedra, que casi oculta los rojos muros, y que hoja sobre hoja trepa hasta el mismo balcón en que está una hermosa doncella asomada a la balaustrada mirando con avidez a lo largo del camino. No hay rosa alguna tan fresca como ella, ni e. manzano en flor se mueve más graciosamente al soplo del viento. Su túnica de seda levanta un suave

rumor cuando ella se asoma y exclama: «¿No vendrá nunca?»

— Ese de quien hablas, ¿es Kay?

— preguntó Gerda.

— Estoy soñando con mi historia — contestó el convólculo.

¿Y qué dijo la campanilla blanca?

— Entre dos árboles cuelga una cuerda con una tabla: es un columpio. Dos lindas niñas, vestidas de blanco y con muchos lazos verdes en el sombrero, están sentadas en él. Su hermano, que es mayor que ellas, está en pie detrás, subido también en el columpio: para sostenerse enrosca los brazos a la cuerda; en una mano tiene un tazón y en la otra una pipa. Está haciendo pompas de jabón. Según se balancea el columpio, las burbujas vuelan con sus cambiantes colores, pero la última quédase colgando de la pipa a

## *La Reina de las Nieves*

compás del viento. Un perrillo negro llega corriendo: es casi tan ligero como las burbujas; de pie sobre las patas traseras intenta subirse al columpio, pero éste no se para. El perrillo da en ladrar furiosamente; se burlan de él; la burbuja revienta. Una tabla para columpiarse, un cuadro de agitada espuma, tal es mi historia.

— Te aseguro que me gusta mucho lo que me has contado, aunque es muy triste, y además para nada has hablado de Kay.

¿Y qué dice el jacinto?

— Eranse tres hermanas muy lindas, delicadísimas y casi transparentes. La una llevaba un traje carmesí, la otra uno azul, y blanco del todo la tercera. Estas tres hermanas danzaban cogidas de las manos a la orilla del lago, bajo la luna. Eran

seres humanos, no hadas del bosque. El aire fragante las atrajo y desaparecieron en el bosque; allí la fragancia era más penetrante aún. Tres féretros salen del bosque camino del lago, y en ellos yacen las doncellas. Los fuegos fatuos las rodean con sus pequeñas e inquietas antorchas. ¿Están dormidas o muertas las doncellas? El aroma de las flores dice que están muertas. La campanilla de noche dobla por ellas.

— Me estás poniendo muy triste — dijo la niña — ; tu perfume es tan fuerte que me hace pensar en esas muertas doncellas. ¡Ay! ¿Se ha muerto Kay de verdad? Las rosas han estado bajo tierra y dicen que no.

— Din, don — doblaron las campanillas del jacinto — : no doblamos por Kay; nada sabemos de él.

## *La Reina de las Nieves*

Cantamos nuestra canción, la única que sabemos.

Gerda entonces se dirigió a los ranúnculos, relucientes entre sus verdes hojas oscuras:

— Tenéis un buen sol — dijo Gerda — . ¿Sabéis dónde está mi compañero de juego?

El ranúnculo relucía tanto que Gerda tuvo que apartar la vista. ¿Qué canción cantaría el ranúnculo? De seguro que no diría nada de Kay.

— Un rayo del sol de Dios entró en un patinillo el primer día de la primavera, y llegó hasta dar en la pared donde florecía la primera margarita del año, reluciente como oro derretido en el sol. Una vieja había llevado su sillón al sol; su nieta, que era una linda criadita, fué a verla y le dió un beso. Había

oro, oro del corazón en aquel beso. ¡Oro en los labios, oro en los campos, oro sobre todas las cosas, en los tempranos rayos del sol! Tal es mi corta historia — dijo él ránunculo.

— ¡Ay, pobre abuela mía! — exclamó la niña — . Estará buscándome y llorando por mí, como hizo con Kay. Pero pronto volveré a casa y llevaré a Kay conmigo. No me sirve de nada el preguntar a las flores por él. Las flores no saben más que su propia historia y no tienen ninguna noticia que darme...

Levantóse entonces la falda, ya de suyo corta, para poder correr mejor; pero al saltar sobre los capullos de narciso, la pincharon en las piernas, lo cual que, deteniéndose, le dijo:

—Acaso tú me puedas contar algo.

## *La Reina de las Nieves*

Se paró, pues, junto a la flor, y prestó oído:

— Yo me miro y remiro, yo me miro y remiro — dijo el narciso — . ¡Qué suave es mi olor! Allá arriba, en la ventana de un sotabanco hay una bailarina medio desnuda: primero se sostiene sobre una pierna, luego sobre la otra, y parece como si moviera el mundo entero con sus pies. Pero luego es una desilusión. Vierte un poco de agua de una tetera sobre un pedazo de tela que tiene en la mano: es su corpiño. La limpieza es una gran cosa, dice. Su vestido blanco está colgado de un clavo; también ha sido lavado en la tetera y puesto luego a secar en el tejado. Se lo viste y se ata luego al cuello una chalina amarilla, con lo que el traje parece más blanco. Mira cómo levanta la cabeza sobre

los tallos. ¡Yo me miro y remiro, yo *me miro y remiro!*

— No entiendo ni pizca de todo eso — dijo Gerda —; de nada me sirven semejantes tonterías.

Y se echó a correr hasta la otra punta del jardín. La puerta estaba cerrada; pero descorrió el mohoso cerrojo, y una vez que se abrió paso, siguió corriendo cuanto podía, mundo adelante. Tres veces miró hacia atrás, pero nadie la seguía. Cuando ya no pudo correr más, se sentó en una piedra muy grande; mirando en derredor vió que, ya pasado el verano, eran a la sazón los últimos días de otoño. De nada se había enterado en el espléndido jardín donde brillaba siempre el sol y en todo tiempo florecían nuevos capullos.

— ¡Ay, cómo he perdido el tiem-

## *La Reina de las Nieves*

po! — dijose Gerda — . Ya es otoño. No puedo descansar más.

Y levantándose siguió andando.

Tenía los pies muy cansados; todo en su derredor parecía frío y triste. Los sauces estaban amarillos. La neblina desprendíase de los árboles como una lluvia sutil; caían revoloteando las hojas, y sólo el endrino conservaba su fruto; pero las endrinas son ácidas y dan dentera. ¡Cuán gris y triste parecía en el mundo desierto!



# C U A R T O C U E N T O

## EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

**P**RONTO se vió obligada Gerda a descansar otra vez. Cuando en esto vió un enorme cuervo brincando por la nieve, precisamente enfrente de ella, el cual, durante mucho rato estuvo mirándola y haciéndole señas con la cabeza. Ahora le decía, lo mejor que le era posible hacerlo: «Grau, grau, buenos días, buenos días.» Quiso luego estar amable con la niña, y le preguntó que a dónde iba tan sola por el mundo.

Gerda entendió la palabra «sola», y comprendiendo cuanto en ella se encerraba, contó al cuervo todas las aventuras de su vida, y le preguntó, a su vez, si había visto a Kay.

## *La Reina de las Nieves*

El cuervo movió la cabeza gravemente y respondió:

— Puede que sí, puede que sí.

— ¡Cómo! ¿Realmente crees que sí? — exclamó la niña, ahogándole casi con sus besos.

— ¡Despacito y con tiento! — dijo el cuervo —. Creo que muy bien podía ser él, pero te había olvidado ya entonces, me parece que por la Princesa.

— ¿Vive con una Princesa? — preguntó Gerda.

— Sí, escucha — dijo el cuervo —; pero, ¡es tan difícil hablar tu idioma! ¡Si tú entendieras la lengua de cuervo (1) te lo podía contar mucho más fácilmente.

---

(1) Parece que en Dinamarca llaman los niños «lengua de cuervo» a cierto galimatías que consiste en añadir una misma sílaba o sílabas a cada palabra.

— No, yo no la sé — contestó Gerda — ; la abuela sí que la sabe y la habla muy bien. ¡Si yo la hubiera aprendido!

— No importa — dijo el cuervo — : te lo contaré lo mejor que pueda, aunque sea malamente.

Y entonces le contó lo que había oído:

— En este reino en que ahora estamos — dijo — vive una Princesa de grandísimo talento. Ha leído todos los periódicos del mundo y los ha olvidado después, ya ves si es lista. Un día, estando sentada en su trono, cosa que no es muy divertida, según dicen, empezó a tararear esa tonadilla de

Yo me quería casar  
yo me quería casaar...

cuando callando de pronto, se dijo:

## *La Reina de las Nieves*

— Sí, ¿por qué no? — Y se le metió en la cabeza casarse, con tal de encontrar un marido que tuviese siempre respuesta para cuanto se le preguntara. Llamó, pues, a todas las damas de la corte, y así que oyeron lo que deseaba, se regocijaron mucho.

— Me gusta la idea — decían —. El otro día se me ocurrió a mí lo mismo.

— Todo lo que digo es verdad— añadió el cuervo —, porque tengo una novia muy mansa que va a Palacio cuando quiere, y que es quien me ha contado toda la historia.

Claro que su novia era cuervo también, porque los pájaros de igual pluma son como las ovejas, que van *cada cual con su pareja*, y es muy raro que un cuervo escoja compañera de otra familia. En se-

guida los periódicos salieron, orlados de corazones con las iniciales de la Princesa, dando la noticia de que todo joven apuesto y gallardo podía ir a Palacio a hablar a Su Alteza. El que hablase como si estuviera en su casa, sería escogido para marido de la Princesa.

Sí, sí, puedes creermelo: ello es tan verdad, como que estoy aquí ahora — dijo el cuervo—. La gente acudió en tropel, corrió a Palacio en masa, pero ningún afortunado hubo el primer día ni el segundo. Todos hablaban muy expedito por la calle; mas cuando entraban por las puertas del castillo y veían la guardia con sus uniformes de plata, y subiendo escaleras arriba se echaban a la cara las filas de lacayos con libreas bordadas en oro, empezaba ya a faltarles valor. Cuando

## *La Reina de las Nieves*

al cabo llegaban a los salones de recepción, magníficamente iluminados, y se veían frente al trono en que estaba sentada la Princesa, no se les ocurría nada que decir, únicamente se les oía las últimas palabras, y claro que no era eso lo que la Princesa deseaba.

Parecía como si hubiesen tomado algún narcótico y estuviesen medio dormidos; no volvían a su ser natural hasta salir otra vez a la calle; entonces mostrábase harto locuaces. Larguísima era la cola de pretendientes, que desde las puertas de la ciudad llegaba al Palacio.

Yo fui a verlos — dijo el cuervo—. La mayor parte estaban muertos de hambre y de sed, porque se habían ido en ayunas, y aunque alguno, más avisado, llevaba provisión de bocadillos, no partía con el

vecino, considerando que si los demás parecían unos hambrientos al llegar ante la Princesa, él tendría más probabilidades de ser elegido.

— ¿Pero y Kay, y Kay? — interrumpió Gerda — ¿cuándo llegó? ¿Estaba entre la gente?

— ¡Ten paciencia, que ahora precisamente viene eso! Al tercer día llegó andando muy decidido, sin coche ni caballo, un personajillo valiente. Sus ojos brillaban como los tuyos y tenía largo y hermoso el cabello, pero llevaba un traje todo roto.

— ¡Ese era Kay! — dijo Gerda contentísima — . ¡Ya le he encontrado! Y palmoteaba de gusto.

— Traía una mochila a la espalda — dijo el cuervo.

— No; sería su trineo; salió con él cuando se marchó — contestó Gerda.

## *La Reina de las Nieves*

— Puede que así fuese. No le vi detalladamente. Pero sé por mi novia que cuando entró por las puertas de Palacio y vió a los centinelas con sus uniformes de plata y luego en las escaleras a los lacayos con sus libreas bordadas de oro, no se asustó ni pizca. Antes al contrario, les dijo: «Debe de ser muy cansado el estar de pie en la escalera. Me voy adentro.»

Las reales cámaras deslumbra-  
ban. Cancilleres y excelencias pa-  
séabanse descalzos, vistiendo túni-  
cas de oro; aquello era para impo-  
ner respeto a cualquiera, pero él no  
se inmutó ni por pienso, a pesar del  
áspero chirrido de sus botas.

— ¡Estoy segura de que era Kay!  
—dijo Gerda—. Tenía un par de bo-  
tas nuevas; las estoy oyendo chirriar  
en el cuarto de la abuela.

— Sí que chirriaban, sí — prosiguió el cuervo — ; pero él, sin temor ninguno, fué derecho a la Princesa, que estaba sentada sobre una perla del tamaño de una rueda de hilar. ¡Pobre chico! Todas las damas de la corte con sus doncellas, los nobles y caballeros, cada cual con su paje, estaban de pie en torno de ella, colocados por orden de estatura, los más altos junto a la puerta; hasta el lacayo que siempre en zapatillas guarda la entrada, era tan imponente, que daba miedo verle.

— Debió de ser horrible — dijo la niña — . Así, pues, ¿Kay conquistó a la Princesa?

— A no haber sido cuervo, yo la conquistara, pese a mis compromisos. Dicen que habló tan bien como yo cuando hablo en lengua de cuervo; tal asegura, por lo menos,

## *La Reina de las Nieves*

mi novia. Estuvo hecho un modelo de galantería y buenas maneras, y además no había venido con idea de casarse con la Princesa, sino simplemente por escuchar su sabiduría. ¡Y la admiró, tanto como ella a él!

— Ese es Kay, no cabe duda — dijo Gerda — ; era muy listo, tan listo que se sabía de memoria toda la aritmética, con fracciones y decimales. ¡Ay! Yo quisiera que me llevaras a Palacio.

— Eso es muy fácil de decir — dijo el cuervo — ; pero, ¿cómo hacerlo? Le preguntaré a mi novia la manera; ella nos podrá dar algún consejo, creo yo, aunque desde ahora te digo que no dejarán pasar a una niña como tú.

— ¡Oh! Ya lo creo que entraré — dijo Gerda — ; cuando Kay sepa que

estoy aquí, saldrá corriendo al punto a buscarme.

—Espérame junto al portillo— dijo el cuervo; luego sacudió la cabeza y echó a volar.

Hízose noche obscura antes de que volviera.

— Grau, grau — dijo al llegar — ; mi novia me ha dicho que te salude de su parte, y aquí tienes un panecillo que ha cogido de la cocina, donde hay pan en abundancia, porque me figuro que tendrás gazuza. No es posible que entres en Palacio; descalza como vas, la guardia vestida de plata y los lacayos vestidos de oro, no te permitirían el paso. Pero no llores, porque iremos como quiera que sea; mi novia conoce una escalera excusada que conduce al dormitorio, y sabe dónde está guardada la llave.

## *La Reina de las Nieves*

Luego se encaminaron al jardín, y entraron por la gran avenida, pasito a paso; y cuando las luces del Palacio se apagaron una tras otra, el cuervo dejó a la niña en la puerta excusada, que estaba entreabierta.

¡Cómo le latía el corazón a Gerda, presa de temor y esperanza! Parecía como si hubiera hecho algo malo, cuando sólo deseaba saber si realmente estaba allí Kay. Sí, tenía que ser él, no podían ser de otro aquellos ojos y aquel hermoso pelo. Estaba viendo su sonrisa cuando se sentaban en casa al pie de los rosales. Sin duda alguna, se pondría muy contento al verla y oír el viaje tan largo que había hecho para encontrarle y lo tristes que se quedaron todos cuando él no volvió a casa. ¡Ay! Su alegría se empañaba de miedo.

Habían llegado ya a la escalera, alumbrada por una lamparilla colgada de un clavo. Allí estaba la novia, que saludó a Gerda con muchas zalemas, a las que la niña contestó haciendo una reverencia como su abuela le había enseñado.

— Mi prometido me ha hablado muy bien de ti — dijo — ; tu vida es en extremo interesante. Coge la lámpara, hazme el favor. Yo iré delante haciendo camino. No nos encontraremos a nadie.

— Creo que alguien nos sigue — dijo la niña; y le pareció que por las paredes cruzaban sombras extrañas de caballos al galope, con las crines al viento, en que cabalgaban amazonas y caballeros con arreos de caza.

— Son los sueños de los nobles y de las damas, que van de caza. Ello

## *La Reina de las Nieves*

te servirá para que aprendas cuán malos pensamientos tienen aun durmiendo, y no te olvides, cuando seas favorita, de tus sentimientos generosos — dijo el amaestrado cuervo palatino.

— Bueno, no hay por qué hablar ahora de cosas tristes—interrumpió su novio el cuervo campestre.

Llegaron en esto al primer aposento, tapizado de raso rosa bordado de flores. También por aquellas paredes cruzaron unos cuantos sueños, pero tan deprisa, que Gerda no acertó a distinguirlos. Los aposentos, a cual más bellos, entusiasmaban a cualquiera. Por fin llegaron a la alcoba.

El techo era a modo de una gran palma con hojas de cristal; en medio del aposento dos camas, cada una semejando un lirio, estaban

colgadas de un tallo de oro. Blanca la una, donde dormía la Princesa; roja la otra, y en ella estaba aquel a quien Gerda había ido a buscar, ¡su amigo Kay! La niña levantó una de las rojas cortinas del lecho y vió un cogote moreno. ¡Era Kay! Llamándole entonces por su nombre, le acercó la lámpara a los ojos. Los sueños comenzaron a galopar de nuevo por las paredes de la estancia. Se despertó el durmiente, volvió la cabeza..., y no era Kay.

Acaecía simplemente que el cogote del Príncipe se parecía al suyo; pero, eso sí, era un apuesto mancebo. La Princesa se incorporó en el lecho, preguntando que qué pasaba. Entonces Gerda, llorando, les contó su historia y cuanto los cuervos habían hecho en su ayuda.

## *La Reina de las Nieves*

—¡Pobrecita!—exclamaron el Príncipe y la Princesa.

Y luego, dirigiéndose a los cuervos, les dijeron que no estaban enfadados con ellos, pero que no lo volvieran a hacer. Después les dieron un premio.

—¿Queréis la libertad — dijo la Princesa — o preferís un puesto vitalicio como cuervos de corte con gajes de cocina?

Ambos cuervos, con un gran saludo, se pronunciaron por el puesto permanente, pensando en su mucha edad, y en que cuando se es viejo, conviene tener sobre qué caerse muerto, como suele decirse.

El Príncipe se levantó y dejó a Gerda su cama; más no pudo hacer. La niña cruzó las manos y se dijo:

— ¡Qué buenas son las personas

y los animales! — Luego cerró los ojos y se durmió. Los sueños acudieron volando otra vez; ahora parecían ángeles arrastrando un trineo muy pequeño en el que iba sentado Kay, el cual la saludó con la cabeza al pasar. Pero era sólo un sueño, que se desvaneció al despertarse Gerda.

Al día siguiente la vistieron de pies a cabeza de seda y terciopelo; los Príncipes la pidieron que se quedara en Palacio y lo pasaría muy bien, pero la niña sólo quería un par de botas y un cochecito con un caballo, para meterse en él y seguir mundo adelante en busca de Kay.

Le dieron un par de botas y un manguito, con lo cual completaron su precioso traje, y cuando estuvo dispuesta para marchar, se encontró a la puerta con una carroza toda

## *La Reina de las Nieves*

de oro, blasonada con el escudo de armas de los Príncipes, que relucía como una estrella. Cochero, lacayo y palafranero, porque hasta palafranero había, llevaban todos tres sendas coronas de oro. El Príncipe y la Princesa en persona la acompañaron hasta la carroza, deseándole toda clase de felicidades. El cuervo campestre, que ya se había casado, la acompañó durante las tres primeras leguas, posado junto a la niña, porque de espaldas a los caballos se mareaba; el otro cuervo la despidió desde la puerta agitando las alas, y no fué también con ellos porque sufría frecuentes jaquecas desde que era pensionista de la cocina: consecuencias del mucho tragar. La carroza llevaba provisión de bollos, fruta y galleticas de jengibre debajo del asiento.

# A n d e r s e n

—¡Adiós, adiós!—gritaban el Príncipe y la Princesa. La niña lloraba y el cuervo también. Al cabo de unas cuantas leguas, el cuervo dijo adiós, y esta despedida fué la más cruel de todas. Luego se posó de un vuelo en un árbol y allí se estuvo agitando sus negras alas mientras vió la carroza que brillaba como la luz del sol.



# QUINTO CUENTO

## LA NIÑA DE LOS BANDIDOS

**CORRE** que te correrás entraron en un bosque obscuro; el brillo de la carroza iluminaba el camino, pero deslumbró a los bandidos apostados al paso de los viandantes. Aquello era mucho más de lo que podían llevarse.

— ¡Oro, oro! — gritaron.

Y lanzándose al paso del coche, detuvieron los caballos, mataron a los postillones, al cochero y al lacayo, y sacaron a Gerda:

— ¡Está muy gordita, es muy guapa; debe de estar cebada con nueces! — exclamó una vieja bandida, que tenía largas barbas y los ojos ocultos bajo las espesas cejas —.

¡Tiene tan buena cara como un to-rezno! ¡Qué rica debe de saber!

Y así diciendo sacó un agudo cu-chillo que brillaba de un modo si-niestro:

— ¡Ay! — chilló la vieja; porque en esto su hija, llegando por detrás, le había mordido una oreja, y colgá-dosele luego a la espalda, como un animalito salvaje — . ¡Condenada chical — gritaba la madre.

Pero por aquella vez ya se había salvado Gerda de una muerte cierta:

— Jugará conmigo — dijo la niña de los bandidos — ; me dará su manguito y ese vestido tan precio-so, y dormirá en mi cama.

Luego mordió otra vez a su ma-dre y la hizo bailar. Los bandidos decían riéndose:

— ¡Mira cómo baila con su ca-chorrol

## *La Reina de las Nieves*

— Yo quiero ir en coche — dijo la niña de los bandidos, que siempre hacía su voluntad porque era muy terca y malcriada.

Subiéronse, pues, a la carroza ella y Gerda y echaron a correr a través de rastrojos y pedregales, y luego bosque adelante. La niña de los bandidos era de la misma edad que Gerda, pero mucho más robusta; tenía las espaldas más anchas, la piel más morena y negros, negros los ojos, de melancólica expresión. Rodeando con su brazo la cintura de Gerda, le dijo:

— No te matarán mientras yo no me enfade contigo; tú debes de ser una princesa seguramente.

— No — contestó Gerda.

Y entonces le contó todas sus aventuras y lo mucho que quería a Kay.

La niña de los bandidos la miró tiernamente, hizo un ligero movimiento de cabeza y dijo:

— No te matarán aunque me enfade contigo. Yo haré que así sea.

Luego le secó los ojos a Gerda, y ella metió las manos en aquel precioso manguito tan blando y caliente.

Al cabo se paró la carroza: se hallaban en el patio de armas de un castillo de bandidos, los muros del cual estaban resquebrajados de arriba abajo. Grajos y cuervos revoloteaban entrando y saliendo de los agujeros, y unos grandes perros de presa, con ojos capaces de asustar a cualquiera, brincaban a más no poder, pero sin ladrar, que no les estaba permitido. Un gran fuego ardía sobre las losas del antiguo recibimiento. El humo subía al techo en busca

## *La Reina de las Nieves*

de salida. Sobre la hoguera cocía un enorme caldero de sopa, en tanto liebres y conejos se asaban en unas parrillas.

— Esta noche vas a dormir conmigo y con todos mis favoritos — dijo la niña de los bandidos.

Y luego que hubieron comido y bebido, se dirigieron hacia un rincón alfombrado de paja y felpudos. Allí, sobre vigas y maderas, posaban dormidos lo menos cien pichones. Es decir, parecían dormidos, porque apenas las niñas se acercaron comenzaron ellos a aletear:

— Todos son míos — dijo la niña de los bandidos.

Y cogiendo uno de los más próximos por las patas, y sacudiéndolo hasta que agitó las alas, se lo tiró a Gerda a tiempo que le gritaba:

— Bésale. Aquéllos son los palo-

mos bravíos — añadió señalando a unos listones clavados tapando un alto agujero del muro — ¡son una tropa que, ya, ya! Si no estuvieran encerrados se echarían a volar sin más. Y aquí tienes a *Be*, mi antiguo novio — dijo arrastrando de un cuerno a un reno que estaba atado y llevaba al cuello una reluciente esquila de cobre —. Le hemos encerrado también para que no se escape. Todas las noches le hago cosquillas con el cuchillo; ¡se asusta más...!

La niña sacó entonces de un agujero del muro un cuchillo y se lo pasó por el pescuezo al pobre animal, que bufaba y coceaba espantado. La niña de los bandidos, riéndose mucho, llevóse luego a Gerda a su cama.

— ¿Tienes ese cuchillo contigo

## *La Reina de las Nieves*

mientras duermes? — preguntó Gerda toda asustada.

— Siempre duermo con un cuchillo — respondió la niña de los bandidos —. Nunca se sabe lo que puede pasar. Pero ahora cuéntame otra vez lo que me has contado antes de tu amigo Kay, y cómo fué el echarte tú a correr el mundo.

Así, pues, Gerda se lo contó otra vez, en tanto los palomos bravíos se arrullaban metidos en su jaula, y los otros pichones dormían. La niña de los bandidos, echándole a Gerda un brazo al cuello, se dispuso a dormir con su cuchillo en la otra mano. Al poco tiempo ya roncaba. Pero Gerda no pudo pegar los ojos pensando en si la matarían o la dejarían vivir. Los bandidos, sentados en torno al fuego, comían y bebían; la vieja daba saltos mortales en de-

rredor. Semejante espectáculo aterró a la pobre niña. Entonces, los palomos bravíos dijeron:

— Rum rum: hemos visto a Kay; su trineo iba arrastrado por un polluelo blanco y él iba sentadito en el trineo de la Reina de las Nieves; pasó deslizándose bajo los árboles en que teníamos nuestros nidos. La Reina de las Nieves nos sopló, pequeños como éramos, y se murieron todos menos nosotros dos: rum rum.

— ¿Qué estáis diciendo ahí? — preguntó Gerda — . ¿Adónde iba la Reina de las Nieves? ¿Lo sabéis vosotros?

— Parece como que iba a la Laponia, porque en ese país siempre hay nieve y hielo. Pregúntaselo al reno que está ahí atado.

— Hay nieve y hielo y es aquél un lugar espléndido — dijo el reno.

## *La Reina de las Nieves*

Se puede correr y brincar cuanto se quiera por sus blancas llanuras. La Reina de las Nieves tiene un pabellón de verano, pero su castillo está en el Polo Norte, en una isla que se llama Spitzbergen.

—¡Ay, Kay, Kay!—sollozaba Gerda.

—¡Estate quieta; mira que te clavo el cuchillo! — dijo la niña de los bandidos.

A la mañana, Gerda le contó cuanto los palomos habían dicho, y la niña de los bandidos, mirándola solemnemente, le dijo moviendo la cabeza con gesto de duda:

— No basta, no basta. ¿Tú sabes dónde está la Laponia? — preguntó al reno.

— Es lo que sé mejor — contestó el animal con ojos alegrísimos — . ¡Allí nací: allí he crecido corriendo por los campos de nieve!

—Oye—díjole a Gerda la niña de los bandidos—. Ya has visto que todos los hombres de la partida se han marchado; pero mi madre está aquí y aquí seguirá; ahora que, más tarde, se bebe un trago de aquella botella grande y se queda dormida. Entonces, haré algo por ti.

Luego saltó de la cama, corrió al encuentro de la madre y, tirándole de las barbas, le dijo:

— ¡Buenos días, chivito mío!

A lo cual su madre correspondió tirándole de las narices hasta ponerse las coloradas. Todo aquello era puro cariño.

Tan pronto como su madre se echó su trago de la botella y cayó dormida, la niña de los bandidos fuése al reno y le dijo:

—Tendría el mayor gusto del mundo en seguir teniéndote aquí

## *La Reina de las Nieves*

para hacerte cosquillas con mi cuchillo, porque da mucha risa verte entonces; pero no importa. Te voy a quitar el cabezón y a sacarte afuera, para que puedas irte corriendo hasta la Laponia; pero es necesario que vayas con tiento, porque has de llevar a esta niña al Palacio de la Reina de las Nieves, donde está su amiguito. ¡Estoy segura de que has oído todo lo que me ha estado contando, porque ella habla muy alto y tú acostumbras a fisgonear.

El reno brincaba de contento. La niña de los bandidos montó a Gerda en el animal y tuvo la precaución de atarla, luego de haberle dado además un almohadón para sentarse.

— Te devuelvo tus botas de piel, porque debe de hacer mucho frío; pero me quedo con tu manguito,

porque es muy precioso para que te lo lleves. No tendrías frío, no. Aquí tienes los mitones de mi madre, que te llegarán hasta los codos: ¡mete, mete las manos aquí dentro! ¡Uy! ¡Ahora tus manos parecen las de mi cochina madre!

Gerda derramaba lágrimas de alegría.

— ¡No me gusta verte llorar! — dijo la niña de los bandidos —. ¡Tienes que estar contenta! Aquí tienes dos hogazas y un jamón para que mates el hambre.

Una vez atadas todas estas cosas a la grupa del reno, la niña de los bandidos abrió la puerta, llamó a los perros, y cortando el cabezón con el cuchillo, dijole al reno:

— Ahora, ¡a correr! ¡Pero ten cuidado con mi niñita!

Gerda dió las enmitonadas manos

## *La Reina de las Nieves*

a la niña de los bandidos y le dijo adiós; luego el reno echó a correr, saltando matas y arroyos, a través del bosque, por collados y llanuras, todo lo que podía. Los lobos aullaban y graznaban los cuervos, en tanto en el cielo resplandecía roja claridad.

— ¡Es mi aurora boreal! — dijo el reno — ¡mira, mira!

Y corrió más deprisa que nunca, sin parar día y noche.

Cuando ya se habían comido los jamones y el pan, llegaron a la Laponia.

## S E X T O C U E N T O

### LA MUJER LAPONA Y LA MUJER FINLANDESA

**A**L cabo, se pararon junto a una cabaña muy pobre, muy pobre, cuya inclinada techumbre llegaba hasta el suelo y cuya puerta era tan baja que la gente, para entrar y salir, tenía que andar a gatas. No había en la casa más que una mujer lapona, que estaba friendo pescado a la luz de una lámpara de aceite de ballena. El reno le contó toda la historia de Gerda, mas no sin referir primero la suya, que él creía mucho más importante. Gerda estaba tan aterida de frío, que no pudo articular palabra.

— ¡Pobres criaturas! — dijo la mu-

## *La Reina de las Nieves*

jer lapona — ; os queda aún mucho camino; tenéis que andar cientos de leguas a través de Finlandia, porque la Reina de las Nieves ha ido allí a hacer una visita; todas las noches enciende luces azules. Voy a escribir cuatro letras en un bacalao seco, porque no tengo papel, y os lo daré para que se lo entreguéis a la mujer finlandesa de allá arriba. Ella os podrá encaminar mejor que yo.

Así, pues, cuando Gerda se hubo calentado, luego de comer y beber un poco, la mujer lapona escribió cuatro letras en un bacalao seco y se lo dió, diciéndoles que tuvieran mucho cuidado con él. Después ató a la niña al reno de nuevo, y echaron a correr. En la larga noche del firmamento brillaban temblorosas las lindas luces azules. Por fin lle-

garon a Finlandia y llamaron con los nudillos en la chimenea de la mujer finlandesa, porque la casa no tenía puerta alguna.

Dentro debía de hacer mucho calor, pues la mujer finlandesa salió desnuda; era pequeñuja y gusarapienta. En seguida empezó a despojar a Gerda de cuanto llevaba, y le quitó los mitones y las botas, como si la niña estuviese sofocada. Luego púsole al reno sobre la cabeza un pedazo de hielo, y después de todo esto leyó lo que iba escrito en el bacalao seco. Lo leyó por tres veces, y cuando se lo supo de memoria, echó el bacalao al puchero: no había razón ninguna para no comérselo, y así no se desperdiciaba nada.

Entonces el reno contó primero su historia y después la de la niña.

## *La Reina de las Nieves*

La mujer finlandesa parpadeaba mucho, pero no dijo palabra.

— Tú eres muy lista — dijo el reno —. Sé que puedes atar los vientos todos del mundo con un hilo de coser. Si se desata un nudo sopla buen viento, si se desatan dos sopla más fuerte, si se desatan el tercero y el cuarto, se produce una tormenta capaz de abatir los árboles todos del bosque. ¿No puedes darle a la niña una bebida que le preste la fuerza de doce hombres, para poder llegar hasta la Reina de las Nieves?

— ¿La fuerza de doce hombres? — dijo la mujer finlandesa.

— Sí, con eso le bastaría.

Entonces fué a una alacena y sacó de ella una piel enrollada, la cual extendió. En ella estaban escritos extraños caracteres, que la mujer finlandesa leyó con avidez, has-

ta que el sudor empapó su frente.

Pero tanto imploró el reno nuevamente para que le diese algún tónico a Gerda, y la niña le miró con tan tiernos ojos bañados de lágrimas, que la mujer finlandesa empezó a parpadear otra vez, y llevándose luego al reno a un rincón, le dijo en voz baja, a tiempo que le ponía hielo fresco sobre la cabeza:

— El pequeño Kay está con la Reina de las Nieves, es cierto, y muy contento con cuanto le rodea. Le parece que aquel lugar es el mejor del mundo; pero es porque tiene una esquirla de cristal en el corazón, y otra brizna de cristal en un ojo. Hay que sacárselo, o nunca volverá a su ser humano, y la Reina de las Nieves le seguirá teniendo en su poder.

— Pero, ¿no puedes darle algo a

## *La Reina de las Nieves*

Gerda, que le preste poder bastante para conquistarlo todo?

— No puedo darle más poder del que tiene. ¿No ves cuán grande es? ¿No ves cómo la sirven hombres y animales? ¿Cómo ha podido, si no, venir hasta aquí con los pies desnudos? No debemos decirle el poder que tiene; está en su corazón, porque es una niña inocente. Si no puede llegar por sí sola hasta la Reina de las Nieves, no podemos nosotros ayudarla. Los jardines de la Reina de las Nieves empiezan precisamente a dos leguas de aquí; puedes llevar a la niña hasta la entrada, la dejas al pie del gran arbusto que se eleva sobre la nieve, cubierto de bayas coloradas. Tú no te quedes allí de palique; vuélvete a toda prisa. — Luego, la mujer finlandesa montó a Gerda a lomos del

reno, y éste echó a correr cuanto podía.

— ¡Ay! ¡No he traído mis botas ni mis mitones! — gritaba Gerda.

Pronto sintió la falta de ellos, con aquel frío penetrante; pero el reno no quiso pararse, y corre que te correrás, llegó al arbusto de las bayas coloradas. Puso a Gerda debajo de sus ramas y le dió un beso en la boca, en tanto le caían por la cara gruesas lágrimas. Luego se volvió corriendo como había ido. Y allí se quedó la pobrecilla Gerda, sin zapatos ni guantes, en medio de la helada Finlandia.

La niña, corriendo a todo correr, siguió camino adelante, cuando, en esto, vió venir hacia ella un regimiento de copos de nieve, que no caían del cielo, claro y sereno, donde la aurora boreal resplandecía.

## *La Reina de las Nieves*

No; aquellos copos corrían por el suelo, y cuanto más se acercaban, se hacían más grandes. Gerda se acordó de cuán enormes eran y de cuán caprichosas sus formas bajo la lente. Pero el tamaño de éstos era monstruoso, estaban vivos, constituían la centinela avanzada de la Reina de las Nieves y ostentaban las más extrañas figuras. Parecían, unos, grandes y horribles puercoespines; otros, marañas de culebras enroscadas con las cabezas hacia fuera; otros, semejaban pequeños osos de hirsuta piel; pero todos eran relucientes y vivos copos de nieve.

Entonces Gerda rezó su plegaria al Señor. El frío era tan grande que el aliento se le helaba al salir de la boca y formaba a manera de una nube de humo delante de ella. Espesándose este humo cada vez más,

# A n d e r s e n

llegó a formar relucientes ángeles que crecían desmesuradamente al tocar el suelo. Todos llevaban casco en la cabeza y embrazaban lanza y escudo. Continuamente aparecían otros nuevos, así que, al acabar de rezar Gerda, estaba rodeada de una verdadera legión. Atacaron a los copos de nieve con sus lanzas, y deshaciéndolos en menudos pedazos, la niña pasó sin miedo ni riesgo alguno por entre ellos.

Los ángeles le tocaron los pies y las manos, y entonces se dió cuenta del mucho frío que hacía; pero, no obstante, dirigióse a toda prisa al Palacio de la Reina de las Nieves.

Vamos a ver ahora lo que era de Kay, que no pensaba para nada en Gerda, y mucho menos que estuviese en aquel momento a las puertas del Palacio.

## SÉPTIMO CUENTO

### DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y DESPUÉS

LOS muros del Palacio estaban hechos de nieve apilada, y las ventanas y puertas de los mordiscos del viento. Contábanse en él unas cien cámaras de caprichosas formas, según se había amontonado la nieve. La mayor de ellas ocupaba una extensión de muchas leguas y todas iluminadas por la espléndida aurora boreal, relucían en su frigididad. No había alegría ni diversión alguna; tan sólo una pelota para los oseznos, cuando las tormentas, yéndose con la música a otra parte, no acompañaban el baile de los

osos polares, que, de pie sobre las patas de atrás, mostraban sus elegantes maneras. No había ningún juego como el *toro dao* o el *zurriago*, y ni siquiera un ratito de charla después del café para los zorros blancos. Inmensamente vastos y fríos eran los salones de la Reina de las Nieves. Las auroras boreales se encendían y apagaban con regularidad tal que se podían contar los segundos entre una y otra. En medio de estos nevados salones sin fin, había un lago de hielo, cuya superficie, rota en mil pedazos, constituía en cada uno de ellos una obra de arte. La Reina de las Nieves, cuando estaba en casa, sentábase en el centro de él. Entonces decía que estaba sentada en «El Espejo de la Razón», que era no ya el mejor, sino único en el mundo.

## *La Reina de las Nieves*

Kay estaba azul, o por mejor decir, casi negro de frío; pero él no lo sabía, porque la Reina de las Nieves con sus besos le había quitado los calofríos, y su corazón no era sino un témpano. Kay apareció llevando arrastras unos cuantos afilados y pulidos tarugos de hielo, con los que iba formando toda clase de dibujos, del mismo modo que nosotros en casa componemos un «rompecabezas».

Los dibujos de Kay eran muy ingeniosos, como tales «helados rompecabezas de la razón», y a sus ojos tenían la mayor importancia; todo por la brizna de cristal que en uno de ellos llevaba metido. Componía muchos modelos que formaban palabras; mas nunca pudo encontrar la manera de formar la que más ansiaba: la palabra «Eternidad». La

Reina de las Nieves le había dicho que si lograba formarla, sería dueño de sí mismo y que le daría el mundo entero y un par de patines. Pero no hubo modo de que tal hiciera.

— Ahora voy a ir volandito a los países cálidos — dijo cierto día la Reina de las Nieves — . Tengo que ir a ver los negros calderos — con lo cual quería nombrar a los volcanes Etna y Vesubio. — Hay que blanquearlos un poco; eso les sienta muy bien, sobre todo a los limones y a las uvas.— Y se echó a volar.

Kay se quedó solo en todas aquellas leguas de salones vacíos. Se puso a considerar sus bloques de hielo, y pensando, pensando, ya no se preocupó de más. Tan tieso e inmóvil estaba que parecía helado del todo.

## *La Reina de las Nieves*

Entonces fué cuando Gerda entró en el Palacio, por las grandes puertas construidas por un mordisco del viento. Rezó su plegaria, y aquietándose el aire hasta semejar tan sólo un arrullo, Gerda se metió por los salones adentro. Cuando vió a Kay le conoció al punto, le echó los brazos al cuello, y, sacudiéndole luego, le dijo:

— ¡Kay, Kay mío!; ¿te he encontrado por fin?

Pero él seguía rígido y frío.

La niña entonces empezó a derramar cálidas lágrimas, que cayéndole a Kay en el pecho penetráronle el corazón, y derritiendo el hielo deshicieron el pedacito de espejo que en él había. El niño se la quedó mirando; Gerda rompió a cantar:

«Ya se viste de rosas el valle,  
¡Salve, Niño Jesús, salve, salve!»

Kay se echó a llorar; tanto lloró que echó fuera del ojo la otra brizna de cristal, y conoció a la niña y se puso a gritar loco de contento:

— ¡Gerda, Gerda mía! ¿Dónde has estado tanto tiempo? Y yo, ¿dónde estoy?

Y luego, mirando a su alrededor:

— ¡Qué frío hace aquí! ¡qué grande y qué vacío es esto! Luego dió un abrazo muy fuerte a Gerda, que reía y gritaba contentísima. Tan grande era la alegría de ambos que, comunicándosela a los tarugos de hielo, se pusieron éstos a bailar a su alrededor, y cuando los niños se sentaron quedáronse aquéllos colocados precisamente tal y como la Reina de las Nieves le había dicho que los colocara, si quería llegar a ser dueño de sí mismo y tener el

## *La Reina de las Nieves*

mundo entero y un par de patines nuevos.

Gerda le besó en las mejillas, que al punto se colorearon; le besó en los ojos, que brillaron como los suyos; le besó las manos y los pies, y volvió a estar sano y fuerte. La Reina de las Nieves podía volver cuando quisiera. La libertad de Kay escrita estaba allí, en relucientes letras de hielo.

Los niños se cogieron de la mano y salieron del enorme palacio hablando de la abuela y de las rosas del tejado. A su paso, el aire se aquietaba y el sol brillaba a través de las nubes. Cuando llegaron al arbusto de las bayas coloradas, encontraron esperándoles al reno, que había llevado consigo otro reno hembra con las ubres llenas. Los niños bebieron de su leche tibia y le

dieron un beso en la boca. Después los animales llevaron a Gerda y Kay primero a casa de la mujer finlandesa, en cuya cabaña se calentaron y se enteraron del camino que tenían que seguir. Luego fueron a casa de la mujer lapona, que les había hecho unos trajes nuevos y preparado su trineo. Los renos corrieron a más y mejor hasta los límites de su país. Al ver los primeros brotes, los niños se despidieron de la mujer lapona y de los renos. Oyeron luego el pío pío de los primeros pajarillos y vieron los retoños nuevos de la selva. Saliendo de ella, vieron venir una muchacha montada en hermoso caballo, que fué reconocido por Gerda como uno de los que tiraban de su carroza de oro. La amazona llevaba un gorro escarlata en la cabeza y unas pisto-

## *La Reina de las Nieves*

las en el cinto: era la niña de los bandidos que, cansada ya de su casa, cabalgaba hacia el Norte para verlo antes de recorrer otras partes del mundo. Las dos niñas se reconocieron con júbilo:

— ¡Vaya un amigo corretón que estás hecho! — díjole a Kay —. Quisiera yo saber si te mereces el que nadie tenga que ir por tu culpa hasta el fin del mundo.

Gerda le interrumpió con un cachetito y luego le preguntó por el Príncipe y la Princesa:

— Están viajando por el extranjero — contestó la niña de los bandidos.

— ¿Y el cuervo? — preguntó Gerda.

— El cuervo se ha muerto — respondió aquélla —. La cuerva se ha quedado, pues, viuda y lleva un

lazo negro atado a una pata; se queja amargamente, pero todo eso es una tontería. Dime cómo te ha ido a ti y dónde le has encontrado.

Gerda y Kay contáronle todo.

— ¡Ole con ole! ¡Si no hay mal que por bien no venga! — dijo la niña de los bandidos.

Y dándoles la mano les prometió que si pasaba por su pueblo iría a hacerlos una visita. Luego se echó a correr mundo adelante. Kay y Gerda siguieron andando cogiditos de la mano, hasta que, encontrándose en plena primavera florida, pronto llegaron a la vista de las altas torres, en que repicaban alegres campanas, de la ciudad en que vivían. Una vez en ella fuéronse derechos a la puerta de su abuela, y trepando escaleras arriba, metiéronse de rondón en su casa. Todo

## *La Reina de las Nieves*

estaba tal y como lo habían dejado: el reloj seguía en el rincón con su eterno tic tac. Cuando pasaron por la puerta se dieron cuenta de que habían crecido. Las rosas trepaban en torno a la ventana abierta; allí estaban sus dos sillitas. Kay y Gerda se sentaron en ellas cogidos de la mano. Toda la vacía frialdad del enorme Palacio de la Reina de las Nieves, habíaseles borrado de la memoria como una pesadilla. La abuela estaba sentada al sol leyendo en su Biblia:

«Mientras no seáis como niños, no podréis entrar en el Reino de los Cielos.»

Kay y Gerda miráronse a los ojos y comprendieron el sentido del himno:

«¡Ya se viste de rosas el valle!  
¡Salve, Niño Jesús, salve, salve!»

A n d e r s e n

Y los dos siguieron creciendo,  
pero con corazón de niños siempre.

Y siempre fué verano, caluroso y  
espléndido.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

